

UNA DESPEDIDA

David Ibarra
13 de julio de 2007

Como en las siete plagas de Egipto, durante los últimos siete años he escrito dos artículos por mes en El Universal. Hoy me toca buscar otros horizontes y reconocer el cobijo y la libertad del gran Diario de México. Los temas abordados fueron muy variados (democracia y fuerzas económicas; transición del proteccionismo al libre cambio; impacto de la globalización en las políticas públicas; reformas emprendidas y las reformas aplazadas; postmodernidad neoliberal; paradigmas económicos; derechos humanos; distribución del ingreso; tribulaciones hacendarias, etc.). Pese a la diversidad de problemas tratados, las tesis de fondo han girado crítica y de modo sistemático en torno a los principios superiores de la justicia y la veracidad que idealmente debieran presidir la acción de las políticas públicas y la de los medios de comunicación.

Hoy, al despedirme deseo insistir en un punto. Los cambios en las relaciones económicas y sociales puestos en marcha en nuestro país parecen buscar el regreso de la historia a un mundo de pobreza difundida, de poderes fácticos imbatibles, de participación ciudadana formal pero carente de sustancia, de soberanía resquebrajada y de Estado incapaz de abastecer con normalidad bienes y servicios públicos esenciales.

A golpes publicitarios y doctrinarios se ha hecho prevalecer la idea de que la vía al progreso, al bienestar, reside en plegarse dócilmente, ir más allá, de las exigencias de los mandos foráneos de la globalización. Los sacrificios temporales,

como la emigración de medio millón de mexicanos por año, la difusión de la pobreza o la cancelación de esperanzas de los jóvenes, carecen de importancia frente a un futuro funestamente prometedor que nunca se alcanza. La eficiencia y competencia en el mercado se han elevado al rango de dogma incuestionado aunque lleven a la depreciación manifiesta de los salarios, al empleo precarizado, a derruir el sistema de educación popular, a limitar más de la cuenta la acción pública.

Se dirá que la condición postmoderna no se alimenta de ideales ya envejecidos, sean el desarrollo, la justicia social o la crítica política. Que ahora privan mejores valores, más altos, los de la competitividad, el avance personal, el no hagan olas críticas. Se me acusa y acusará de que mi visión está pasada de moda, que las utopías ya no tienen influencia alguna en la imaginación ni en las aspiraciones ciudadanas. Y, sin embargo, el paradigma estrecho de la globalización, en la traducción nuestra del "Consenso de Washington", es en esencia falso. No porque no haya tomado cuerpo en México y hasta en América Latina y no porque se ignoren casos en que los intereses de la elite nacional coinciden con los transnacionales, sino porque lleva al engaño, a la inhumana polarización social y valida la corrupción física y psíquica de amplios sectores de mexicanos.

Ya no tenemos la disculpa a nuestras faltas en la indisculpable ingerencia de las potencias externas. A lo largo de veinticinco años, hemos elegido, ideologizado y publicitado un camino que se transforma en callejón sin salida. Las críticas ya no pueden ser fácilmente desviadas hacia fuera. Y no lo son ante los éxitos logrados por otros países de Chile a China, insertos dentro del mismo orden internacional de la globalización. La conclusión es, entonces, inescapable, la falla medular es nuestra, propia de nuestras políticas e iniciativas.

Por eso, surge desconfianza en la objetividad y en la misma racionalidad de los valores que se nos predicán o en la vigencia combatida de los valores que se quiere abandonemos. Y al propio tiempo, nunca ha sido mayor la demanda ciudadana por adherirse a valores genuinos. La mentira, ideológica o de otro tipo, la impunidad, la corrupción se hacen instrumentos de poder y aún se les adorna de supuesta veracidad y justicia en una sociedad que paradójicamente aspira a vivir en democracia. El financiamiento de las campañas electorales, los casos de los gobernadores de Oaxaca y Puebla, la Ley de Radio y Televisión --aún enmendada por la Suprema Corte--, las promesas de las campañas políticas en materia de crecimiento o empleo, la sumisión de funcionarios públicos a los poderes fácticos de adentro o afuera, son ejemplos difícilmente controvertibles de nuestra conducta reciente. Como lo es también, el proyecto de reforma tributaria que establece el impuesto "Contribución Empresarial a Tasa Unica" (CETU), calificado de gravamen directo, siendo indirecto y, por serlo, difícilmente se satisfará con pagos empresariales fáciles de trasladar. Aún negándolo, el CETU llevará a una imposición indirecta extraordinaria y gravará, además, alimentos y medicinas, prestaciones salariales y contribuciones a la seguridad social que con antelación habían sido rechazadas repetidamente por las mayorías del poder legislativo. Valga aquí citar a la fuente insospechable del Banco Mundial, "la recaudación fiscal de la región (América Latina) está por debajo de la recaudación de países similares; además, las recaudaciones de los impuestos progresivos, como el impuesto a la renta personal y los impuestos a la propiedad son especialmente bajos" (véase, Reducción de la Pobreza y Crecimiento).

La suspicacia ciudadana cultivada por años, ya pone en tela de juicio hasta la coincidencia involuntaria y los supuestos orígenes de acontecimientos tales como las explosiones de PEMEX, los tortuosos malabarismos financieros y

políticos de Ye Gon o la incidencia real de las cargas impositivas del CETU. La pregunta ciudadana está en el aire. ¿Se tratará de fenómenos independientes o servirán para saturar la capacidad ciudadana de asimilación, con el propósito de encubrir, sea unos problemas con otros o disimular fracasos de las políticas públicas? En suma, la idea romántica, acaso ingenua, de alcanzar una política transparente, bien comunicada, veraz, quizás vaya demasiado lejos, ser en extremo radical, pero bien valdría algún modesto acercamiento.

Vayan las últimas líneas para expresar un respetuoso hasta luego a mis lectores y dejar constancia de mi agradecimiento a El Universal, a su Director y especialmente a Roberto Rock y a Joel Hernández por su sabiduría periodística y su compañerismo, así como a Miguel Lerma y Javier Solana.